

Introducción

Las profundas aportaciones del pensamiento de Karol Wojtyła al mundo del pensamiento, obviamente, no pueden enumerarse aquí y mucho menos sintetizarse en esta breve colaboración. Sin duda alguna, sus aportaciones han sido tan ricas y valiosas que constituyen un tejido innovador, proteico, vasto y complejo, sin parangón alguno con otros pensadores del siglo XX, dada su importancia, vitalidad y vigencia actual.

Hay, pues, numerosos y nuevos ámbitos psicológicos que estudiar en las obras de Karol Wojtyła. A mi parecer, este reto y fecundo desafío es una labor que se prolongará a lo largo del siglo XXI. Es probable que en el contexto de la Psicología sean muy pocos los estudiosos que, por el momento, se han decidido a adentrarse en su pensamiento, para tratar de enriquecerse y enriquecer esta disciplina con sus relevantes aportaciones.

Afirmado esto, es preciso superar otra dificultad añadida: la de elegir entre los numerosos temas psicológicos de que trató. El hecho de tener que tomar una determinación se presenta erizado de dificultades. Tal elección comporta mucho riesgo y probablemente no sea la más acertada. Especialmente si se considera que la elección de ciertos textos supone la exclusión de otros de muy diversos contenidos, a los que es preciso renunciar.

Sea como fuere, es preciso asumir ese riesgo. El autor de estas líneas, después de muchas deliberaciones y consultas, ha optado por ocuparse –muy sucintamente, por otra parte– de sólo los tres ámbitos psicológicos siguientes: la sexualidad, el amor y el matrimonio; el trabajo; y la ansiedad humana.

Son muy variadas las razones que convergen en la anterior elección. Todas ellas, a mi parecer, de mucho peso. La primera razón es

de tipo cualitativo, y viene exigida por la relevancia personal y social para el hombre contemporáneo de las cuestiones elegidas. La segunda razón es de tipo cuantitativo, y se refiere a la continuidad de estos contenidos a lo largo de la extensa obra de Karol Wojtyła. La tercera razón, por último, es de tipo personal, y su justificación considero que podría estar asentada en la experiencia profesional del autor de esta colaboración; una experiencia no interrumpida –durante más de cuarenta años– como psiquiatra y profesor de la universidad.

El lector juzgará si el autor ha estado acertado o no en la selección de los temas elegidos. Otra cosa bien diferente, es que sus reflexiones sean o no ajustadas al pensamiento innovador de Karol Wojtyła, aunque espera que sea así con su ayuda.

Las aportaciones del pensamiento de Karol Wojtyła a la Psicología no han caído del cielo, aunque es probable que el cielo haya tenido algo que ver en ello. Pero más allá de la intervención divina y desde una mera consideración desde el más acá, esas aportaciones han tenido un origen y un *iter* determinado. Sin duda alguna, ese pensamiento surge al filo de la experiencia. Es, pues, un pensamiento que hunde sus raíces en la necesidad de encontrar una explicación a los problemas existenciales con que se encuentran muchas personas. Se trata, pues, de un pensamiento que está urgido por encontrar una solución que contribuya a la ayuda de las personas. He aquí la razón que da alas a las profundas reflexiones y a las preguntas lacerantes que Wojtyła se hace, al filo de lo que preocupa o inquieta al hombre doliente de hoy.

Son muy numerosos los textos de que disponemos y a los que se puede remitir al lector interesado en estas cuestiones. En cualquier caso, el punto de partida aquí ha sido el estudio de *Persona y acción* (1982), por constituir el fundamento sobre el que se asentarán y derivarán después muchas de esas aportaciones de Wojtyła, sutilmente diseminadas a lo ancho y largo de su fecunda y extensa obra.

Al mismo tiempo, Karol Wojtyła se adentra –de la mano de Scheler– en la fenomenología, en cuya profundización se le abre un

nuevo horizonte, superador del mismo Scheler en muchas de las cuestiones que se plantea. En el pensamiento del humanista polaco va emergiendo una nueva antropología, consecuencia de una nueva síntesis entre el pensamiento clásico y la modernidad.

En la nueva estructura de la persona que, poco a poco, eclosiona en el personalismo de Karol Wojtyła, se parte de la acción humana (de la conciencia de la acción), con una expresa referencia a su dignidad. No se centra, pues, en el estudio de los actos humanos sino en la relación entre la persona y sus actos. Con sólo el ateniimiento a los actos de la persona (dado que ésta es un *suppositum*), la persona no podría conocerse a sí misma ni tratar de perfeccionarse.

Tan nuclear es aquí el contenido relacional de la persona, que ésta se presenta no en singular sino en plural, porque cada persona es también relación con los otros. Un fundamento que resultará imprescindible en este acercamiento psicológico, por cuanto que sostiene otros rasgos irrenunciables de la persona como la participación, la solidaridad o la donación (cfr Malo, 2008).

Sin duda alguna, la acción tiene un carácter perfectivo del ser humano. A esto se refiere Wojtyła (1982), cuando escribe: “aunque el ser es anterior a la acción y, por tanto, la persona y su valor es anterior y más fundamental que el valor de la acción, la persona se manifiesta a sí misma en las acciones (...). El valor “personalista” de una acción, relacionado estrictamente con la *realización* de la acción por la persona es, por lo mismo, origen y base del conocimiento del valor de la persona y de los valores propios de la persona de acuerdo con su jerarquía adecuada. Esencialmente, la correlación de la acción con la persona es válida también en la esfera de la axiología” (p. 310).

Además de otras consideraciones que después se harán, hay que decir que la persona no es sólo la consecuencia de lo que hace sino también de “lo que no hace”, de las omisiones que resultan de lo no hecho. Pero la persona no puede reducirse a sólo lo hecho o no hecho por ella. La persona, además de su acción, es también su pensamiento, su vocación, sus sentimientos, las relaciones personales que

establece, su voluntad, las relaciones con las personas a las que ama, sus amores, etc. (Polaino-Lorente, 1985 y 2004).

En su análisis de la acción humana, Wojtyła (1982) parte de la experiencia. En efecto, el hombre hace muchas cosas, pero si no se aprehende a sí mismo en las cosas hechas por él, no desvelará ni conocerá la persona que es. Hay aspectos psicológicos relevantes de la condición humana que están sumergidos en la misma dinámica de la acción y de sus consecuencias. “Tras haber conquistado tantos secretos de la naturaleza –escribe Wojtyła–, el mismo conquistador necesita, una vez más, que se desvelen ininterrumpidamente sus propios misterios (...). La comprensión de la persona humana en cuanto tal está orientada a responder al reto planteado por la experiencia del hombre, así como por los problemas existenciales del hombre en el mundo contemporáneo” (pp. 26-27).

En este escenario es donde la persona ha de superar y ofrecer una opción personalizada a la distinción entre lo objetivo y lo subjetivo; la filosofía del ser y la filosofía de la conciencia; la interioridad y la exterioridad; lo psicológico y lo biográfico; la personalidad y la identidad.

La acción es el momento especial de la revelación de la persona. Tal vez por eso, en su análisis de la experiencia, a Wojtyła le interesa más entenderla como la realidad dinámica que revela a la persona y no tanto la consideración de la acción sólo como conciencia intencional. Wojtyła opta aquí por la interrelación de la conciencia y de la eficacia de la persona como expresión del dinamismo propio de la acción humana.

De aquí que manifieste sin ambages que “la percepción de la trascendencia de la persona en la acción constituye, en cierta manera, el armazón principal de la experiencia (...), nuestro primer y principal objetivo en este estudio es deducir, partiendo de la experiencia de la acción (es decir, de “los actos del hombre”), las pruebas que demuestran que el hombre es persona o “ponen la persona a la vista”” (*ob. cit.*, p. 24).

Para esta colaboración se ha consultado otras obras del autor –de las que se informa al comienzo de cada una de las cuestiones temáticas elegidas–, tal y como aparecen referenciadas en la bibliografía. En las citas del autor se hace referencia, de modo indistinto, a Karol Wojtyla y a Juan Pablo II, con el fin de ayudar al lector a datar o situar mejor el texto citado, de acuerdo con la etapa de su vida en que fue escrito.

Psicología de la sexualidad, el amor y el matrimonio

La producción bibliográfica de Juan Pablo II sobre estos temas es muy extensa y puede considerarse como uno de los grandes *iter* por los que transitó durante una larga parte de su vida. Más concretamente, acerca de la sexualidad, el amor y el matrimonio disponemos de una producción no interrumpida desde 1952 –fecha en que se publica su primera colaboración con el título de “Instinto, amor, matrimonio”– hasta el final de su pontificado. Un trabajo continuado durante más de medio siglo avala el profundo significado que en la vida de Karol Wojtyła tuvo el amor humano y la familia.

No obstante, las obras que destacan como más emblemáticas, para lo que aquí importa, son las siguientes: *Amor y responsabilidad* (1960), *El taller del orfebre* (1960), *Teología del cuerpo* (1978), y la recopilación de otros artículos bajo el título de *El don del amor* (2000). El lector interesado en estas cuestiones puede consultar entre otros algunos de los estudios bibliográficos, recientemente publicados (Grondelski, 1993; Galas, 2004; Lorda, 2004; y Malo, 2006).

La exposición de una breve síntesis de las preocupaciones de Karol Wojtyła puede contribuir, probablemente, a una mejor comprensión de sus aportaciones al ámbito de la psicología de la sexualidad, el amor y el matrimonio.

El autor parte aquí de la experiencia de un trato intenso con los jóvenes, sus amigos, que le planteaban problemas para los que no disponía de la necesaria respuesta. He aquí la fuerte vinculación existente entre Karol, *Lolek* (al que también le llamaban “tío”, *Wujek*), con sus íntimos amigos. Fue en ese escenario, que configuraba su “entorno” (*Srodowisko*), es decir, su contexto natural –la *oukia* de los griegos–, donde se plantea estos problemas. El estudio y la reflexión

sobre estas cuestiones le haría madurar personalmente pues, como él mismo reconoció más tarde, fue allí también donde aprendió “a *amar el amor humano*” (Juan Pablo II, 1994, p. 133).

1. Las preocupaciones antropológicas de Juan Pablo II acerca del comportamiento sexual humano

Desde una perspectiva psicológica, los problemas antropológicos de las relaciones conyugales que preocupan a Karol pueden agruparse en los siguientes bloques:

1.1. Las dificultades materiales objetivas

- La necesidad de que la mujer se incorpore al mundo del trabajo
- Los insuficientes medios materiales para formar una familia
- Las dificultades económicas para disponer de una vivienda

1.2. Las dificultades antropológicas y culturales

- La reconfiguración de un nuevo marco acerca de las dinámicas conyugales y la vida familiar
- La imposición de una presunta igualdad –a pesar de las diferencias que les distinguen y complementan–, entre la mujer y el varón
- La crisis de la familia como institución
- La crisis del matrimonio
- La crisis de la maternidad y paternidad
- La crisis del sacramento del matrimonio
- La paternidad responsable

1.3. Las dificultades psicológicas personales

- La pobreza e insuficiencia del concepto de sexualidad
- La vinculación entre el sexo, el amor y la responsabilidad
- La disociación entre sexualidad y procreación
- La disociación entre sexualidad y afectividad
- La disociación entre sexualidad y donación
- La percepción de los hijos como una “carga” frustrante
- El conflicto familia-trabajo
- El absentismo del padre y la crisis de la masculinidad
- La ausencia de autoridad moral de los padres y la permisividad de los hijos
- La paternidad como vocación

1.4. La incompleta y pobre concepción social del matrimonio y la familia

- Sexualidad, paternidad y justicia
- La ausencia y/o deficiencias de las políticas familiares
- La ideología laicista
- La ingeniería social y la ideología de género
- La presencia de una antropología inadecuada en el imaginario colectivo

La breve enumeración temática que se acaba de ofrecer puede constituir una guía introductoria al estudio en profundidad de las aportaciones de Karol Wojtyła a la psicología de la sexualidad, el amor y la familia. Aunque, obviamente, este no sea el ámbito donde todas estas cuestiones pueden ser abordadas (cfr Polaino-Lorente, 1992 y 2007).

En opinión del autor de estas líneas, entre las numerosas aportaciones del pensamiento de Juan Pablo II a la psicología, las que se refieren a la sexualidad humana son, desde luego, emblemáticas. Es posible que continúen siéndolo a todo lo largo del siglo XXI. Hay muchas razones en que puede apoyarse esta opinión. Entre otras, bastaría con hacer un seguimiento del comportamiento sexual humano, desde la revolución sexual a la actualidad, para tratar de evaluar si esta preocupación está o no puesta en razón.

En efecto, el comportamiento heterosexual de un amplio sector social no es ajeno a la profunda crisis cultural de nuestro tiempo. La “revolución sexual” del 68 –una más entre otras, aunque con una mayor agresividad potenciada por la tecnología– no sólo ha impedido el natural ensamblaje entre libertad, sexualidad, afectividad y paternidad en la persona, sino que ha tratado de imponer y generalizar la disociación e independencia entre esas dimensiones.

La *disociación entre sexualidad y procreación* comenzó en los años 60 con la generalización del uso de sustancias contraceptivas. Su introducción en el mercado permitió separar y escindir eficazmente la dimensión placentera de la dimensión pro-creativa en la conducta sexual humana. Las consecuencias de ello pueden apreciarse en los nuevos usos de estos comportamientos y en su fatal efecto en el desequilibrio demográfico.

Un poco después, se pasó *del sexo sin procreación a la procreación sin sexo* (gracias a las técnicas de fecundación artificial), contribuyendo a intensificar todavía más la separación entre las diversas dimensiones de la sexualidad.

Como consecuencia de ello, surgió una nueva disociación en este mismo ámbito del comportamiento humano: la disociación entre sexualidad y afectividad. De “hacer el amor y no la guerra” (en que se daba por supuesto la unidad entre sexualidad y afectividad), se ha pasado a practicar el sexo sin amor. En la actualidad no es infrecuente que la afectividad no comparezca ni forme parte del comportamiento heterosexual. La nueva disociación ha expandido la frecuencia de los comportamientos heterosexuales, en los que el compromiso afectivo está ausente. Con ello se ha radicalizado todavía más la deshumanización de estos comportamientos.

Este modo de proceder ha contribuido a disociar la conducta heterosexual de las cogniciones, del conocimiento personal y de la persona del otro. Ha surgido así una sexualidad emancipada del sujeto: la sexualidad anónima sin conocimiento del otro y sin donación ni aceptación recíprocas. A lo que parece, en el comportamiento heterosexual el conocimiento personal ya no cuenta ni importa. Una y otra personas comparecen en ese encuentro fugitivo, sin rostro y sin nombre, con tal de que ambas puedan utilizarse recíprocamente, de una forma totalmente deshumanizada. Esta dinámica ha sido calificada por Juan Pablo II como la mera “armonía de egoísmos”.

La conducta homosexual es muy compleja y no puede reducirse a lo que se ha descrito, líneas atrás, a propósito del comportamiento heterosexual. No obstante, el anterior contexto puede haber contribuido al incremento y generalización explícita de la conducta homosexual. Al fin y al cabo unos y otros comportamientos se encaminan en algunos casos a sólo la obtención del placer.

Hay, además, otros muchos factores que es necesario citar aquí aunque sólo sea por haber condicionado de forma poderosa el mapa cognitivo colectivo de las representaciones icónicas acerca de la sexualidad humana. Por sólo mencionar algunos, sirvan de ejemplo el constructivismo relativista negador de la realidad, la ideología de género, la educación para la ciudadanía y el así llamado “matrimonio” homosexual, la permisividad y ampliación de las leyes abortistas, la ausencia de políticas familiares, el apoyo económico del Estado y